

JUAN JOSÉ DE URQUIZA

LA AMISTAD DE RUBEN DARIO Y ENRIQUE GARCIA VELLOSO

RUBEN DARIO, abanderado de la revolución más importante que registran las letras castellanas en las postrimerías del siglo XIX, nos visitó tres veces. La primera, en 1893, compartió en forma intensa la vida intelectual argentina durante cinco años. La segunda, en 1906, fue breve, y la tercera, en 1912, se prolongó varios meses.

A su arribo a Buenos Aires proveniente de Santiago de Chile, en 1893, Rubén Darío era un joven de veintiséis años, de alta talla, fornido, de renegridos bigotes y cuidada barba. Sus ojillos de centroamericano típico, levemente oblicuos, reflejaban chispeantes fulgores. Tenía una sonrisa infantil, trasunto claro de su alma; manos finas, aristocráticas, "manos de marqués", para emplear palabras que él mismo usó en el prólogo de *Prosas profanas*. Pulcro en el vestir, su silueta elegante llama la atención en las calles de la ciudad. En la tradicional Florida donde pasea y luce toda la beldad y la gracia de la mujer porteña, Darío puede admirarla en su esplendor cuando ella se detiene para contemplar las vidrieras, o cuando sonríe tras hermosos abanicos de plumas, o cuando reclinada con aire despreocupado en sus charolados carruajes saluda a los transeúntes. Como se sabe, jamás poeta alguno cantó con tanto ardor a la mujer de carne. En la misa roja de su juventud frecuentó las fiestas "en que brillan los ojos de fuego, y las rosas de las bocas sangran delicias únicas". En la composición titulada *Porteña*, Rubén Darío exalta a la mujer argentina.

*Ayer el pavimento sonoro de Florida
sintió trotar el tronco de potros de Inglaterra,
que arrastran la victoria donde el amor convida
la faz de la morocha más linda de esta tierra.*

*El coche se perdía camino de Palermo,
cuando pasó a mi lado, sentada en su cupé,
una divina rubia que, cual un niño enfermo,
tenía triste y pálida su faz de rosa té.*

*De esta visión porteña quedó en mi mente escrita
la página vibrante que es hoy una canción:
a tus azules ojos ¡celeste Margarita!
a tus miradas negras ¡hermana de Mignon!*

La presencia de Rubén Darío en Buenos Aires reanima los encontrados comentarios que viene provocando su obra en los cenáculos literarios de la "gran aldea" finisecular. Esa situación no fue impedimento para que se vinculara a lo más representativo de la generación del 80. Durante su "vida nocturna en cafés y cervecerías", se relaciona con Eduardo Holmberg, Juan Ambrosetti, Alberto Ghirardo, Manuel Argerich, Charles Soussens, José Ingenieros, José Pardo, Diego Fernández Espiro, Antonini Lamberti. En *La Nación*, "donde se me recibió con largueza y cariño", dice Rubén Darío, fue amigo de Bartolito Mitre, Enrique de Vedia, José Ceppi, Julio Piquet, Roberto J. Payró, José Miró. En la redacción de *Tribuna* entabla amistad con Mariano de Vedia, Lorenzo Anadón, Lucio V. Mansilla, Carlos Roxlo, Cristián Roeber. Con hidalguía criolla es acogido por los contertulios de los sábados en la casa del cantor de *Santos Vega*. Conoce en esas circunstancias a Calixto Oyuela, Alberto del Solar, Federico Gamboa, Domingo Martinto, Francisco Soto y Calvo, Martín Coronado, Ricardo Jaimes Freyre, Ricardo Gutiérrez, Francisco Sicardi, Eugenio Díaz Romero, Eduardo Schiaffino, Luis Berisso, Carlos Vega Belgrano, Leopoldo Díaz, Miguel Escalada, Juan Antonio Argerich, Carlos María Ocantos, Ernesto Quesada, Angel de Estrada, y entre esa inolvidable pléyade a Juan José García Velloso. "aquel maestro sapiente y sensible —recuerda Darío— que vino de España, y que cantó y enseñó con inteligencia erudita y con cordial voluntad".

¿Cuál era el ambiente artístico de nuestra ciudad por aquella época?

Predomina la escuela romántica con sus pontífices Bécquer, Campoamor y Núñez de Arce.

"Ya se sabe —anota Pedro Miguel Obligado— cómo el 'aire suave, de pausados giros', provocaba sonrisas desdeñosas a los maestros de

retórica, acostumbrados a los ritmos fijos, a los cánones vanilocuentes de la literatura preceptiva, y qué jovialidad sarcástica producía en ateneístas y académicos —seudoclásicos yseudorrománticos— cuando leían en el famoso *Responso a Verlaine*:

*Padre y maestro mágico, liróforo celeste.
Que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
Diste tu acento encantador...*

A pesar de las “burlas y ofensas” puede decirse que, inmediatamente de su llegada, Rubén Darío se colocó al frente del movimiento literario y se vio al modernismo en plena actividad con la colaboración de un grupo de jóvenes que alborotaban “la atmósfera con proclamaciones de libertad mental” en el seno del *Ateneo*. Aparecen en ese lapso de cinco años *Los raros* y *Prosas profanas*, dos libros que provocan una tempestad de elogios y diatribas. ¿Quién no recuerda su prédica reformadora en las páginas de *La Nación*, *Tribuna* y *El Tiempo*? ¿Cómo olvidar el espaldarazo magnífico que dio a Leopoldo Lugones? ¿Y su *Marcha Triunfal*, poema escrito el año 1895 en Martín García? Invitado por el doctor Prudencio Plaza, director de Sanidad de la Armada, Rubén Darío vivió unos días en nuestra Isla. “Pasamos allí —dice— horas plácidas; nos perfeccionamos en el tiro del máuser; leíamos el “Quijote”; nos confiamos las ilusiones de nuestros íntimos porvenires...”.

Por aquel entonces se habla de un posible conflicto de la Argentina con un país vecino, precisamente cuando Buenos Aires se disponía a celebrar un nuevo aniversario de la revolución de 1810. Rubén Darío oye el llamado de extraños designios, y en el despacho del doctor Plaza escribe el 23 de mayo ese “triumfo de decoración y de música” que se titula *Marcha Triunfal*.

Darío siente en este poema —consigna Arturo Marasso— el momento de agitación patriótica de nuestra tierra. En el avance wagneriano de la oda, el poeta está en lo íntimo de la gloria que exalta. El tácito nombre de San Martín, como evocado por Olegario Andrade, aparece en la composición, una de las más sonoras y armoniosas que se han escrito en idioma español.

El ilustre nicaragüense está ligado a la historia de una institución argentina. Me refiero al Correo, que en aquellos años recibe la denominación de *Parnaso Argentino*, por albergar a fines del siglo pasado en su presupuesto, a muchos poetas y escritores. Como el insigne Lugones, Darío fue empleado durante la época del director

Carlos Carlés. Al recordar la labor que desarrollara en su carácter de secretario particular del doctor Carlés refiere con gracia que cumplía cronométricamente con sus obligaciones, "las cuales era contestar una cantidad innumerable de cartas de recomendación que llegaban de todas partes de la República, y luego recibir a un ejército de solicitantes de empleos. En las primeras no me faltaba el "Con el mayor gusto..." y "En la primera oportunidad..." o: "En cuanto haya alguna vacante... Y a los que llegaban siempre les daba esperanzas: "Vuelva usted otro día... Hablaré con el director... Lo tendré muy presente... Creo que usted conseguirá su puesto...". Y así la gente se iba contenta. Agrega a continuación que "en la oficina tuvo muy gratos amigos, como el activísimo y animado Juan Migoni y el no menos activo, aunque grave de intelectualidad y estudio, Patricio Piñeiro Sorondo, con quien me extendía en largas pláticas, en los momentos de reposo, sobre asuntos teosóficos y otras filosofías. Cuando Leopoldo Lugones llegó, también de empleado, formamos, lo digo con cierta modestia, un interesante trío. Cuando no contestaba yo cartas, escribía versos o artículos. En las quemantes horas del verano nos regocijaba en la secretaría la presencia de un alegre y moreno portero que nos llevaba refrigerantes y riquísimas horchatas. Delante de mí pasaban las personas que iban a visitar al director; y recuerdo haber visto allí, por primera vez, la noble figura del doctor Sáenz Peña".

El 3 de diciembre de 1898 partió Rubén Darío para el Viejo Mundo. Su obra de arte ya había consumado la acción redentora. Antes que Juan Valera escribiera su *Carta Americana* (1888) sobre *Azul*, un compatriota suyo, en 1884, resumió su vaticinio en estas palabras; "Para Rubén, el tiempo no es dinero, sino inmortalidad". Viajó por varios países de Europa, y en el primer año del siglo llegó a París, "el reino del ensueño", como él decía.

EN ROMA Y PARÍS

Un buen día Rubén Darío abandona su paraíso y se traslada a Roma. "En mi libro *Peregrinaciones* —escribe en 1912— podréis encontrar algunas de mis impresiones romanas, pero no encontraréis la que voy a contaros. Es mi encuentro con Enrique García Velloso, que aunque siempre lleno de talento, no era todavía el fecundo, rozagante, pimpante y pactolizante cultor teatral que hoy conocen las escenas argentinas y aun españolas. Yo lo había conocido desde que era un adolescente, en casa de su padre. En la urbe romana tuvimos



Cabecera del banquete ofrecido por Enrique García Velloso a Rubén Darío en Buenos Aires. De izquierda a derecha: Justo López de Gómara, José Luis Murature, Mariano de Vedia, Fernando Alvarez, Rubén Darío, Enrique García Velloso, Martín Reibel, Alfredo Duhart, Antonino Lamberti y Carlos Vega Belgrano

primero saudades de Buenos Aires, y después nos dimos a la alegría y gozosos del vivir. Y tras animados paseos nocturnos nos fuimos una mañana, en unión del periodista Ettore Mosca, al lugar campestre situado en las orillas del Tiber que se denomina 'Acqua acetosa'. Allí, en una rústica *trattoria*, en donde sonreían rosadas tiberinas, nos dieron un desayuno ideal y primitivo; pollos fritos en clásico aceite, queso de égloga, higos y uvas que cantara Virgilio, vinos de oda horaciana. Y las aguas del río, y la viña frondosa que nos servía de techo vieron, naturalmente, consecuentes locuras".

Después de este festín, Rubén Darío y García Velloso se prosternaron, llenos de fe, ante el Papa León XIII. En seguida visitaron el Santuario de la Virgen Morena, llegada misteriosamente de una Isla del Negroponto; a D'Annunzio, que exhibía en la solapa claveles encendidos, y a Vargas Vila, residente bajo unos pinos seculares.

A fines de 1900, García Velloso —su nombre Enrique significa opulencia— se hallaba en París, donde por circunstancias especiales le tocó vivir unos días de angustia y de sobresaltos económicos al no recibir los mil francos mensuales que le enviaba don Carlos Vega Belgrano, director del diario *El Tiempo* de Buenos Aires. El cable con gratas noticias de dinero por fin llegó, aventando así las tristezas del joven periodista y autor.

Cuenta García Velloso en *Memorias de un hombre de teatro* que una noche al regresar de una representación escénica al *Hotel San Sulpicio*, donde se alojaba, observó que al lado de su cuarto estaban de cuchipanda. Empujó la puerta y vio, al amor de la estufa, al empresario Lozada, a Dols, Paso, Costa, Zavalía y seis chicas del "quartier" a quienes les hacía mucha gracia ver chupar por la bombilla, esto es, tomar mate. Breves minutos han transcurrido de esa escena cuando llaman con los nudillos en la puerta.

—¿Quién? —dijo el dueño del cuarto.

¡Rubén Darío! —¡Sensación!

¡Que no pase, hombre!

Avanza rápidamente García Velloso hacia la puerta y se encuentra con el poeta en el pasadizo del hotel, quien le dice:

—Hoy por la mañana llegué de Italia; a la tarde visité a Emilio Mitre; me dio cinco mil francos; sé que usted no tiene dinero; vengo a traerle la mitad...

—Pero, Rubén...

—Mire, Enrique: cuando usted quiera saber si un hombre es amigo suyo, pídale plata. Si la tiene y no la da, es mentira su amistad.

Le manifiesta García Velloso que su situación había cambiado y lo hace entrar en el cuarto para que lo saluden los amigos.

Las timideces de Rubén Darío —agrega el autor de *24 horas dictador*—, de todos conocidas, nos hicieron pasar momentos angustiosos. Aceptó un mate, que se le cayó, y cuyo contenido le quemó las manos al querer agarrar en el aire la calabaza; se manchó la flamante levita, se le escapó el bastón al fuego de la chimenea, se sentó sobre la chistera... Esos desbarajustes sucedieron en segundos, Rubén Darío no venía solo. Traía de acompañante a un joven andaluz que se había quedado en el pasillo y a quien lo presentó después de tranquilizarse.

El señor Montespina, corresponsal en París de *El Defensor de Granada*, y nuevo secretario mío, dijo el poeta.

Finalmente Darío los invitó a todos a pasar un rato en la taberna del Panteón. En la rue Saint-Michel, largaron el lastre de las chicas del barrio y, entrando y saliendo de cuanto chamizo y *brasserie* que les permitía beber junto al mostrador entre los escobazos de los criados, fueron a dar al café Cyrano, frente al Moulin Rouge, en pleno Montmartre, a las dos de la madrugada.

Según su costumbre, Rubén Darío prohibió terminantemente que ninguno pagase la consumición. A un simple gesto de Darío, el flamante secretario, que llevaba los cinco mil francos de Emilio Mitre, ya descabalados, arreglaba las cuentas. Alguien insinuó la necesidad de descansar... Pero Rubén Darío empezó a hablarle a García Velloso de tú, fraternalmente, cosa que hacía en instantes de ternura alcohólica, y le exployó una enorme serie de proyectos periodísticos que haría efectivos en *La Nación*...

Escribiré *El hombre de oro*... Verás... verás qué novela... ¡Grande!... ¡Muy Grande!... ¡Emilio Mitre es todo un hombre!... Y hay corazón ¿eh?... ¡Mucho corazón!... Quiero que esta misma noche escribamos una carta al viejo Velloso... ¡Garçon!... Papel... Pluma... ¡Verás!... ¡Vamos a darle mucho gusto!...

La carta no fue escrita y continuó el paseo por Montmartre, hasta que el saldo de los francos desapareció simultáneamente con el secretario andaluz "que no había hablado una palabra en toda la noche". Es necesario repetir con García Velloso que la mayoría de las amanuenses que tuvo Rubén Darío sólo le sirvieron para acompañarlo en sus peregrinaciones por los cafés y robarle el dinero; como aquel Julio Sedano, que se decía hijo del Emperador Maximiliano y fue fusilado por espía en la guerra de 1914.

SUZANNE DESPRES Y LUGNE POE

Una misión diplomática, en 1901, lleva a Río de Janeiro al autor de *Marcha Triunfal*. Pensaba viajar a Buenos Aires, pero abandona la capital brasileña para dirigirse a Centroamérica, de acuerdo con órdenes de su gobierno. Desde Río, le escribe a García Velloso el 30 de julio: "Querido Enrique: Nada más grato que, mientras nos vemos allí, enviarle con Lugne Poe mis saludos afectuosos. Nada tengo que decirle de la Després. Usted la conoce y la admira. Sea amigo de ellos y sírvalos en lo que pueda, pues la obra y el talento de usted lo obligan a ello. Hasta pronto y un abrazo".

Fue Rubén Darío cordial amigo de la gente de teatro. A ese respecto conviene recordar sus interesantes crónicas sobre autores, obras e intérpretes. En su juventud, redacta una *Carta a un actor* en la que estudia su psicología, "cuando por las o por nefas, surge con la duda del triunfo o de la silba".

García Velloso, por su parte, se distinguió siempre en su afán de agasajar a los artistas y hombres de letras que llegaron a la Argentina. Su acción para hacer grata la estada de las personalidades extranjeras entre nosotros ha dejado testimonios significativos.

No es extraño entonces que Rubén Darío le solicite desde Río de Janeiro que sea amigo de Suzanne Després y Lugne Poe y los ayude "en lo que pueda".

El pedido del poeta da la sensación de un eminente arribo al Río de la Plata de la actriz francesa y del fundador y animador de *La maison de L'Oeuvre*. Han debido postergar el viaje, pues en 1901 no actuaron en Buenos Aires. Sólo dos años después se registra el "debut" de la admirable intérprete de Ibsen, Strindberg y Maeterlinck.

¿QUIEN BAUTIZO AL "CAFE DE LOS INMORTALES"?

A mediados de 1906 Rubén Darío se encontraba en París. Año de paz. Eran tiempos que alguien los llamó de "horas doradas". Europa polarizaba lo más bello y lo más fecundo que se puede ofrecer al espíritu.

El poeta vivía en pleno Barrio Latino. Descansaba de sus andanzas por "tierras solares", de sus correrías por el mundo que llenó con su estro poético, cuando inesperadamente recibió un cablegrama del Ministerio de Relaciones Exteriores de su país en el cual le comu-

nicaban su nombramiento como secretario de la delegación nicaragüense a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro. De la capital brasileña llegó a nuestra ciudad por motivos de salud y sus impresiones de ese momento —dice en su *Autobiografía*— “quizás las conozcáis en verso, en versos dirigidos a la señora de Lugones, en cierta mentada epístola”.

La Nación le ofreció un banquete y los homenajes se sucedían, pero él trataba de eludir todos los compromisos sociales. Frecuentemente se lo veía con García Velloso, en el *Petit Salon* o en el restaurante *Harguindeguy*, donde rendía tributo a Gula con platos suculentos y vinos exquisitos.

No tardó en caer enfermo, pues su vida desordenada agravó su permanente malestar físico y moral. Estuvo en cama varios días en su alojamiento del *Grand Hotel*, situado en Florida y Rivadavia.

Restablecido, hace la vida noctámbula de siempre. Se le vuelve a ver al poeta por la calle Corrientes, donde los tranvías Lacroze pasaban junto a las veredas como si las lamieran, ofreciendo ya algunas luces tentadoras, preanuncio de la feérica iluminación actual.

El centro neurálgico de la arteria era, sin duda, la esquina que forma con la calle Esmeralda. Allí no más, entre las de Suipacha y Artes (hoy Carlos Pellegrini), en el número 920, existía un café que se llamaba Brasil.

Un día, en la fachada del edificio, sobre las amplias vidrieras, apareció un letrero con esta denominación: *Café Los Inmortales*, que cobró rápida notoriedad.

Vicente Martínez Cuitiño, que le ha dedicado a ese café un libro lleno de interesantes recuerdos, dice que mucho se ha escrito sobre la paternidad del título: “Algunos la atribuyen a Félix Alberto de Zabala, otros a Ingenieros, Saldías a Rubén Darío, alguien a Carriego. En verdad Carriego exigió a don León el cambio del título *Café Brasil* por el de *Los Inmortales*, pero cuando ya todo Buenos Aires lo denominaba así por una ocurrencia festiva y generalizada de Florencio Sánchez, uno de sus huéspedes predilectos”.

León Desbernats, el famoso don León, como lo llamaba el cariño y respeto de los parroquianos, nunca fue el propietario sino el gerente; el dueño era don Calixto, un brasileño que lo había adquirido en mil doscientos pesos. Al ser interrogado hace algunos años, acerca de quién bautizó el café con el nombre de *Los Inmortales*, don León no pudo esclarecer el enigma y sólo evocó episodios de los tiempos gloriosos del cenáculo.

La versión de José Antonio Saldías nos cuenta que “una noche pasaban por la acera Rubén Darío y Enrique García Velloso. Este último, envuelto en la capa española que durante muchos inviernos lució, y Rubén tocado con un magnífico fieltro verdoso que un día, meses más tarde, ‘heredé’ por voluntad alcohólica de su dueño.

“Enrique sentía aversión por aquel café —continúa Saldías—, no concebía al melenudo, sombreroado, corbatado, él, tan pulcro, dinámico y laborioso.

“Rubén, iluminados sus negros ojos con la contemplación de aquel cuadro de característicos trazos, invitó a Enrique a entrar, y éste se negó rotundamente. Entonces el autor de la *Letanía de nuestro señor don Quijote*, con un golpe de ingenio, debilitó su resistencia.

“Pero, ¿por qué Enrique, se niega usted a entrar, siendo éste el café de los inmortales? Estaremos como en nuestra casa...”.

“Poco tiempo después —termina Saldías— el viejo letrero de café Santos Dumond, caía, para exhibir en su lugar uno flamante que decía: *Café de los Inmortales*. Darío lo había bautizado”.

Saldías recogió una tradición de boca de los contertulios del café, que es ahora un eco perdurable y una fuente de gratísimas y hondas sugerencias.

Cuánto nos place que en este episodio intrascendente, pero que es de esencial importancia por lo que significó “el círculo inmortal” en la Buenos Aires artística y bohemia de comienzo de siglo, aparezcan Rubén Darío y Enrique García Velloso vinculados por la leyenda al nombre del *Café de los Inmortales*, que tiene una permanencia sin fin, aunque ya no exista, porque en aquel ambiente extendía sus alas la gloria del espíritu y del talento...

Regresa el poeta a Francia. Una de sus ideas anhelada desde largo tiempo es fundar un órgano literario que tuviera como centro de irradiación París. Logra su propósito. En carta a García Velloso, fechada el 2 de abril de 1911, expone el plan de acción que cumplirá la revista *Mundial*.

“Mi querido amigo: Aquí me tiene usted de director de revista y de la revista que todos soñábamos fuerte y bella en pleno París. Es el momento en que nuestros esfuerzos puedan contribuir a esta empresa que hará conocer todas nuestras manifestaciones intelectuales en el mundo entero. Será presentada con la mayor belleza y elegancia mi querido amigo, y prosas y versos serán ilustrados por dignos artistas. Espero que usted nos enviará su colaboración que será remunerada por de pronto conforme con los grandes sacrificios que

han tenido que hacer los propietarios de nuestro magazine. Dándole las gracias anticipadas quedo como siempre su amigo”.

TERCER VIAJE A BUENOS AIRES

La última vez que Rubén Darío nos visitó había entrado por la senda de la vida práctica, sin dejar su ensueño. Estaba consagrado a las tareas que demandaban la empresa de los hermanos Alfredo y Armando Guido, en la cual puso como siempre su buena fe, para bien del arte y de la belleza.

Al cumplir el primer aniversario de la editorial, resolvieron sus promotores realizar una gira por tierras de España, Portugal y América. Salieron de París el 27 de abril de 1912 y visitaron Lisboa, Madrid y Barcelona. En junio la embajada de *Mundial y Elegancia* se encontraba en Río de Janeiro, donde fue recibida con cariño, y la prensa acogió encomiásticamente la presencia del poeta. El día 20, desde San Pablo, Rubén Darío saluda a García Velloso: “Querido Enrique: Tras tanta ausencia y silencio, un próximo abrazo. Para que vea mi actual cara de viejo abad —a menos que no sea de gerente de una casa de Chicago— le envía esa fotografía, su Rubén Darío”. Agrega una posdata: “Alfredo Guido, administrador propietario de *Mundial y Elegancia*, me pide que lo salude en su nombre”.

Siguiendo el itinerario del viaje, vemos que en julio ya está Rubén Darío en Montevideo. Los homenajes en su honor se multiplican en la capital uruguaya. Pronuncia una conferencia acerca de la personalidad de Herrera y Reissig, que había fallecido en 1910. Fue un elogio digno del autor de *El canto errante* para el vate de *Los peregrinos de piedra*. El Ateneo le ofreció una recepción. Hablaron Ismael Cortinas, María Eugenia Vaz Ferreira y Eduardo Rodríguez Larreta; Rosario Pino recitó el prólogo de *Los intereses creados*, de Jacinto Benavente; y Rubén Darío leyó su canto a Montevideo. A la semana pronunció otra conferencia sobre *Poesías y recuerdos*. Posteriormente, visitó las localidades del interior: San José, Salto y Paysandú. Desde esta última ciudad se embarcó el 7 de agosto para Buenos Aires.

Días antes García Velloso había recibido unas líneas de Rubén Darío, fechadas en Montevideo el 30 de julio. Dicen así: “Mi querido Enrique: Perdóneme que no vaya esta carta escrita por mí. Acabo de llegar de San José, después de un éxito enorme, pero con un “surmenage” abrumador. Su carta tan cordial y gentil no es

sino una prueba de su amistad constante —como la mía— a pesar de la distancia y del tiempo. Crea, mi querido Enrique, que le envío un abrazo de todo corazón”.

En su último viaje a la ciudad que tanto amaba, el autor de *Los raros*, llegó el 8 de agosto a bordo del vapor *Tritón*. Al desembarcar en la dársena Sur dio la bienvenida al poeta don Diego Pereyra, miembro de la comisión encargada de recibirlo. Habló después Ventura Fraga, diplomático chileno, en nombre de los escritores de su país. Rubén Darío agradeció con breves frases —dice la crónica— el saludo que se le presentaba, y acto continuo se dirigió a su alojamiento del Royal Hotel.

Así como en 1893 lo saludaron con tanto afecto Joaquín V. González en *La Prensa* y Julio Piquet en *La Nación*, al llegar a Buenos Aires por tercera vez, en 1912, el artículo dándole la bienvenida, en el diario de Mitre, lo escribió Luis Berisso, con el título: “La vuelta del poeta”. *Ideas y Figuras*, de Alberto Ghirardo, le dedicó un número de homenaje. *Caras y Caretas*, tuvo para él elogiosos conceptos; *Nosotros*, lo saludó en nombre de la intelectualidad argentina; Eduardo Talero publicó en *Pallas*, la revista de Atilio Chiappori, su “Epístola rural a Rubén Darío”, y en *La Nota*, su director Emir Aslam, un largo trabajo sobre la obra del autor de *Prosas Profanas*.

Una profunda melancolía embargó el espíritu de Rubén Darío al no encontrar a muchos de los poetas y escritores de la generación del 80. Sintió también nostalgia al comprobar que habían desaparecido ciertos cenáculos, donde transcurrieron horas felices de su bohemia. Efectivamente, en ese momento ya no existía *Luzio*, ni *Monti* ni *La Suiza*. Tenía sus puertas cerradas el *Aue's Keller*.

¡Cuántos recuerdos literarios evocan esos nombres de cafés y restaurantes porteños! El autor de *Cantos de vida y esperanza* los sitúa con melancolía en los versos de *Saludo de Año Nuevo*.

Kants y Nietzches y Schopenhauers
ebrios de cerveza y de azur
iban. gracias al “calembour”
a tomarse su “chop” en Auer's.

Yo era fiel al grupo nocturno
y en honor a cada amigaso
allí llevaba mi pegaso
y mi siringa y mi coturno.

*Monti, Luzio y Auer's son templos.
Allí se excluyen las políticas,
se muestran líricos ejemplos.
Vuelan las odas y las críticas.*

Las horas vividas en esos centros por nuestros artistas han dado tema a más de una anécdota regocijada. Tal como aquella que refiere la curiosa manera en que Rubén Darío y Antonino Lamberti redactaron el soneto *Roma*. Cuenta Antonio Pagés Larraya que "fue escrito en catorce minutos, correspondiendo un verso a cada poeta y alternándose hasta la conclusión de la poesía". El original se guarda en el Instituto de Literatura Argentina, y lleva manuscrita esta anotación: "Hecho en el Hotel Americano, a las cuatro de la madrugada. 1896". "La composición, no obstante el singular procedimiento de su factura —señala finalmente Pagés Larraya— guarda una bella unidad". Dice así:

R. *Antonino Lamberti, el peristilo*
L. *del sacro templo se alza en la colina*
R. *y llega una fragancia tiburtina*
L. *que acariciara a Horacio y a Camilo.*
R. *Es la reina de Pafos y de Milo*
L. *que dio la aurora de la luz latina,*
R. *en donde halló por la virtud divina*
L. *gesto la estatua, la palabra estilo.*
R. *Amemos, Antonino, de tu Roma*
L. *la armonía sagrada que aún subsiste,*
R. *de la gloria fugaz que el tiempo doma,*
L. *y que en el verso o piedra que resiste,*
R. *rosa del mármol, lirio del idioma,*
L. *da la fragancia eterna de lo triste.*

El Ateneo, cuya sede estaba instalada en el edificio denominado *Bon Marché*, y en la cual Rubén Darío realizó su evangelización estética, había dado por terminada su acción. Tampoco aparecía *El Mercurio de América*, de Eugenio Díaz Romero. Pero al reanudar Rubén Darío el diálogo con los amigos de los últimos años del siglo pasado y con los jóvenes de las nuevas generaciones que rendían encendido culto a su talento y a su obra, podía repetir la frase de Fray Luis: "Como decíamos ayer...".

A pesar de sentirse enfermo y abatido, pronunció una conferencia en el Odeón sobre *Mitre y las letras*. Toda la disertación de Rubén

Darío es de un interés extraordinario, y culminó en su final, aclamado por el público, cuando señaló que luego de la inmortalidad del prócer "se produjo el milagro de la transfiguración de valores; y aquel varón modesto va creciendo; y aquel chambergo popular se rodea de un halo magnífico entre cuyos resplandores pasan bandadas de águilas y de cóndores, y el grito de la muchedumbre, tantas veces repetido en tantos años: ¡viva Mitre! hace que se cumpla el voto profético. Y Mitre vive; y Mitre crece; y Mitre se agiganta y su figura se proyecta en la aurora del porvenir, mientras el sol de Mayo se alza en su triunfo ante las miradas de todas las naciones de la tierra".

Dos días después, el 1º de septiembre, inicia sus actividades una institución que ha cumplido una obra excelente de cultura a través del tiempo. Es el Ateneo Hispano-Americano. Rubén Darío, acompañado del Ministro de Instrucción Pública, doctor Juan M. Garro, y de otras personas, concurrió a la ceremonia inaugural. Después de ser presentado por el doctor Joaquín V. González, dijo que traía, como homenaje para los fundadores del Ateneo, estos versos:

*Yo siempre fui, por alma y por cabeza,
español de conciencia, obra y deseo.
Y yo nada concibo y nada veo
sino español por mi naturaleza.
Con la España que acaba y la que empieza,
canto y auguro, profetizo y creo,
pues Hércules allí fue como Orfeo:
ser español es timbre de nobleza.
Y español soy por la lengua divina,
por voluntad de mi sentir vibrante:
alma de rosa en corazón de encina.
Quiero ser quien anuncia y adivina,
que viene de la pampa y la montaña:
eco de raza, aliento que culmina
con dos pueblos que dicen: ¡Viva España!
¡Y viva la República Argentina!*

Complacido asistió a una comida que le ofreció Enrique García Velloso, la que fue una fiesta muy de su agrado, pues no hubo discursos; en cambio, charla amena, amable, ingeniosa. He aquí la nómina de los comensales: Mariano de Vedia, José Luis Murature, Jorge Drago Mitre, Fernando Alvarez, Manuel Mayol, Justo López de Gomara, Julio Piquet, Rodolfo de Puga, Tito L. Arata, Carlos Vega Bel-

grano, Antonino Lamberti, Alfredo Duhau, Alberto Ghiraldo, Julio Castellanos, Alfredo Guido, Luis Berisso, José María Salavarría, Juan Carlos Alonso, Ernesto Vergara Biedma, Enrique Hurtado y Arias, Emilio Becher, Martín Reibel, José Ojeda, Alfredo Bastos, Florencio Parravicini, Felipe Sassone, Ismael Cortina, Carlos Malagarriga y Alberto Núñez.

Una noche el público contempla a Rubén Darío en un palco "avant-scene" del Teatro Nacional. Ha concurrido al estreno de la comedia *Marta Zibelina*, de García Velloso. Recuerda José Marcos Carioni —testigo presencial— que las incidencias y equívocos concebidas por el autor "le producen hilaridad incontenible al poeta, que aplaude entusiastamente".

A fines del mes de agosto se traslada a Adrogué y allí, en casa de Charles E. F. Vale, "un inglés criollo incomparable", da forma a su *Autobiografía para Caras y Caretas*, que primero se tituló *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*.

En la carta que contestó al director de la revista aceptando el pedido de narrar sus recuerdos, anota: "Todo el mundo sabe que la República Argentina ha sido para mí una segunda patria. Todo el mundo sabe que hace veinte años —inquirida como dice cierto verso mío— tenía por escenario esta prodigiosa ciudad que va caminando hacia la supremacía de la América".

Así se expresó siempre de nuestro país el autor de *Canto a la Argentina*, ese maravilloso poema que hizo llorar de emoción a José Ingenieros y a Belisario Roldán cuando lo leyeron en París.

Rubén Darío soñaba con ser Horacio y Virgilio al cantar la tierra amada —anota Arturo Marasso—, donde había forjado en dulces días de juventud, con profundidad pindárica o ligereza brillante, versos admirables y de milagrosa belleza, y se cree ver su túnica de aedo mojada por el agua amarga del mar, cuando dice a nuestra patria:

*Y que los pueblos extraños
coman el pan de tu harina
¡Cómalo yo en postreros años
de mi carrera peregrina,
sintiendo las brisas del Plata!*

Pensaba ir a Chile para continuar la gira planeada por los editores de *Mundial*, pero viajaron solamente Alfredo Guido y Edmundo Montagne, pues el poeta sentíase fatigado y necesitaba —según su opinión— arreglar de otro modo su vida.

Rubén Darío, que siempre iba caminando solo, en la terrible soledad interior, se reconfortaba en compañía de sus amigos en Buenos Aires. García Velloso era uno de sus predilectos. Coincidían, y bien sabido es que la comunidad de ideas refuerza los sentimientos del corazón.

DARIO POETA DEL TEATRO

En 1881 Rubén Darío se encontraba en León, ciudad de Nicaragua, donde todos le llamaban el poeta-niño. Con precocidad deslumbrante publicaba en los periódicos. Los versos de aquellos años ya revelan las tres fases de su temperamento: duda, amor y miedo. Fueron reunidos por él, de puño y letra, en un grueso cuaderno, en cuya carátula se leía: *Poesías y artículos en prosa de Rubén Darío*. Durante los últimos días de su vida le hicieron llegar el manuscrito y emocionado decía: "Fue antes de *Primeras notas*, y por ser lo primero que produce, es lo que más amo, lo que más venero".

Rubén Darío escribió en esa época juvenil un drama titulado *Manuel Acuña*, que no se presentó ni tampoco se publicó. "El derecho de paternidad —exclama— hace que le guarde tanto cariño como a un hijo muerto". Cinco años transcurren y sus afanes intelectuales se encaminan al teatro, estimulado por el actor Pepe Blen. En poco tiempo terminó una pieza que, a juzgar por las crónicas, despertó gran interés en el público y en las esferas oficiales.

En *Rubén Darío criollo*, su autor, Diego Manuel Sequeira, reúne los comentarios que los diarios de Managua, León y Granada, le dedican a la comedia de Darío, *Cada oveja*, —"llena de armoniosos versos"— al estrenarse el 19 de abril de 1886.

Las críticas esclarecen que Rubén Darío fue el fundador del teatro nicaragüense. Su destino era crear... Poco después sería el innovador de las letras hispanas, y el intérprete de las alegrías y los dolores de su raza.

Y pasaron los años, hasta que un día viernes de agosto de 1912 le escribe a García Velloso: "Mi querido Enrique: Para reposo justo, me he venido a casa de Mr. Vale. Lo sabe por cualquier cosa que sea precisa. El suelto de *La Nación* ha estado muy bien; pero *El Diario* hasta este momento no ha dicho nada. No descuide lo que es de su absoluta autocracia: es decir, teatro y detalles, porque, innegablemente, es V. para ello el único. Creo, si Dios quiere, que mañana, no será mal día. Hasta pronto. Suyo. Rubén Darío".

Con anterioridad, *La Nación*, el 30 de julio, publicó el siguiente suelto:

"Nuestro corresponsal de Montevideo transmitió hace días la noticia de que Rubén se había comprometido con el empresario Guillermo da Rosa a escribir un poema dramático para la actriz española Rosario Pino.

"Sabíase hasta ahora que el poeta había dado cita en París al susodicho empresario a objeto de combinar todo lo referente a la 'mise en scene' de su obra y que inmediatamente comenzarían en Madrid los ensayos de la misma bajo la dirección de la señora Pino.

"La decisión de Rubén Darío, comunicada a España telegráficamente, ha repercutido en los círculos literarios en forma de gran acontecimiento artístico. Doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza han reclamado al poeta la primicia del estreno. Pero Rubén Darío ha contestado que su obra de teatro la escribirá para la señora Pino.

"Pocos admiradores de Rubén Darío sabrán que el poeta de *Azul* fue en sus mocedades dramaturgo. No hará, pues, un ensayo de teatro. En su país estrenó algunas comedias y un drama de evocación precolumbiana. Su conocimiento de la técnica de la escena ha podido colegirse siempre que Darío ha desempeñado funciones de crítico dramático. Aún se recuerdan entre nosotros los admirables artículos que en estas mismas columnas publicó durante aquella interesantísima temporada de Italia Vitalini y De Santis en el *Victoria*. Por cierto, que al mismo tiempo escribía sus críticas en la sección "Teatros y Concier-tos" nuestro inolvidable compañero Enrique Frexas, y se daba corrientemente el caso de la contradicción de los dos juicios sobre la misma obra y la misma interpretación, provocando así la polémica verbal entre los lectores de *La Nación*, sin que derivase de aquellas discusiones de vestíbulo —¡aquellos vestíbulos de hace quince años en que el entreacto cobraba visos de salón literario o de ateneol— la controversia periodística de los dos críticos.

"Rubén Darío, según los datos que poseemos, escribirá una obra de teatro en el más amplio sentido de la palabra. No será un poema que finque su éxito en el elemento verbal ni en la musicalidad de las tiradas. Su obra tendrá interés dramático; vale decir que habrá en ella asunto, conflicto y situaciones.

"Ya se ha dicho que se titulará el poema *La princesa está triste*, y que el tipo de la protagonista surgirá transfigurado de la deliciosa composición que con el título de "Sonatina" figura en *Prosas profanas*.

"La acción se desarrollará en Andalucía durante los últimos años

de la dominación musulmana. En aquel escenario suntuoso, lleno de vistosidad cautivante, crea el conflicto pasional de su poema Rubén Darío.

"El prólogo, que ya está escrito, resulta un alarde de poeta, dueño de un idioma que le responde íntegramente a la musicalidad de los ritmos más extraños. La obra se dividirá luego en tres actos, llenos de interés dramático, de gracia poética y de emoción, según se afirma. En Buenos Aires, pondrá Darío la sacramental frase "telón" a *La princesa está triste*. Su deseo es hacer teatro poético a la manera de Zorrilla, esto es, fundiendo los prestigios líricos con el interés escénico y supe-ditando la tirada a la situación ficticia que rompe la unidad del asunto".

José Marcos Carioni, al ocuparse de este aspecto de la vida literaria de Rubén Darío, señala que el autor del suelto de *La Nación* es García Velloso, y "sabemos además —dice— que él colaboraría en la obra, como surge de la carta del poeta, escrita desde Adrogué, recomendando a su amigo *no descuide lo que es de su absoluta autocracia: es decir, teatro y detalles, porque, innegablemente, es V. para ello el único*. Habían hablado —agrega Carioni— muchas veces acerca de la época en que transcurriría la acción, sobre su ambiente y el estilo que convenía a la versificación del poema dramático. Aceptaba Rubén Darío de buen grado los consejos de García Velloso, dueño de los secretos del oficio y en quien reconocía su alta dignidad de hombre de teatro".

Testimonios que iluminan la desordenada y cambiante existencia del autor de *Azul*, dirán las causas que impidieron ver realizado el poema escénico para la eminente actriz Rosario Pino. En primer lugar, *La princesa está triste* iba a ser una obra de aliento, y Rubén Darío, como lo puntualiza José León Pagano, "no fue nunca poeta de largo respiro". "Cuando intentó —afirma— el poema de arquitectura dilatada —*Palenke*— o la novela de amplias dimensiones —*El hombre de oro*— no se logró en la prueba". Otra aseveración. Al regresar a París, en 1912, seguía escribiendo su novela *Oro de Mallorca* y le decía a su compañera Francisca Sánchez —y eso que era esquivo con familiares y amigos para hablar de sus creaciones— que no sabía ya cómo debía finalizarla, pues siendo el protagonista transposición de su propia personalidad, no osaba llevarlo a su único fin lógico: la muerte. Y por esa causa no la terminó nunca.

"Casi todas las composiciones de *Prosas profanas* —leemos en su *Autobiografía*— fueron escritas rápidamente, ya en la redacción de *La*

Nación, ya en las de los cafés, en el *Aue's Keller*, en la antigua casa *Luzio*, en lo de *Monti*".

El propio Darío recuerda que buena parte de los alejandrinos del *Coloquio de los Centauros*, los terminó en *La Nación*, en el escritorio de Roberto Payró, mientras el autor de *Sobre las ruinas* escribía un artículo. Otro caso de improvisación es el *Responso*, inspirado por la muerte de Paul Verlaine. Anota Pagano que las siete estrofas de ese poema admirable fueron dictadas en el *Aue's Keller*. Vargas Vila cuenta que Rubén Darío dio forma a la *Salutación del optimista* entre las dos y las cuatro de la mañana, en estado de "sonambulismo lúcido".

Nunca trabajó el poeta en la quietud de un gabinete rodeado de sus libros predilectos, sino que fue dejando por todas partes el tesoro de su imaginación. Las páginas de *Azul* cobraron cuerpo entre charla y charla, en los bares de Santiago de Chile.

"Quien no vio a Darío componer algunas de sus poesías —apunta José León Pagano— difícilmente comprenderá la extensión efectiva de su don repentista".

Alguien ha dicho que si todo lo que construía Rubén Darío "in mente", todo lo que tenía elaborado en su espíritu, lo hubiera volcado al papel, su obra sería aún más inmensa.

Lo mismo ocurría con Enrique García Velloso. Era otro gran repentista. Juan Pablo Echagüe, al estudiar la personalidad del autor de *Mamá Gulepina*, destaca que "concebía y escribía, como quien dice, en volandas: confiado en su dexteridad de constructor, en la exuberancia de su ingenio, en la fluidez con que le brotaba el diálogo, y en las infinitas reservas de su inventiva". Y Vicente Martínez Cuitiño, advierte: "su repentismo no tiene igual en la historia del teatro argentino". Afirmando luego: "fue capaz de concebir un drama al alba, una comedia al mediodía y un sainete a la noche".

Es evidente, entonces, que dos repentistas de la talla de Rubén Darío y Enrique García Velloso, no podían estar unidos en una colaboración teatral que demandaba reposo y serenidad en las almas. Sus espíritus se complementaban solamente para disfrutar de la vida.

OTRA VEZ EN LA CIUDAD LUZ

A principios de 1913 García Velloso está en Madrid donde Florencio Parravicini, rodeado de las principales figuras de la escena española, va a estrenar *Fruta picada*, en el teatro de la Comedia.

Después de recibir los plácemes del Rey Alfonso XIII, de la prensa en general, los aplausos del público y las felicitaciones de sus colegas, García Velloso se traslada a París.

Como es natural, va a visitar a Rubén Darío. El poeta se encontraba en esos momentos con una complicación nefrítico-nerviosa; sin embargo, lo acogió fraternalmente. Le habló de sus enredos con *Mundial*, le contó que le robaron sus libros; que no le mandaban la correspondencia que recibía en la dirección de la revista; y bien podía decir que sus empresarios —los hermanos Guido— “se habían apoderado de su cuerpo y de su cerebro”.

No obstante “sus tormentosas nerviosidades e invencibles insomnios”, continuaba Rubén Darío haciendo una vida bohemia en compañía de amigos americanos y del pintor belga Grous, cuyos excesos agravaron lentamente su mal.

Su sensibilidad enfermiza llegó a tal punto de sugestión y de exaltación, dice Francisco Contreras, que “por las noches, mientras escribía, se hacía velar por sus dos amigas (Francisca Sánchez y su criada María, a quien consagró un poema: *Ritmos íntimos*) y, a la madrugada, se complacía en presentarse con extraños adornos o en improvisar cenas fantásticas que dirigía él mismo”.

García Velloso lo veía con asiduidad. En una oportunidad lo encontró en cama, “lleno de horror de sus pecados imperdonables, del miedo de la muerte y del terror del demonio, pero luego, súbitamente animado, púsose a recordar su vida de disipación, evocando con deleite a bellas pecadoras de todas las razas”.

Para aventar sus tribulaciones y lograr que abandonara su cortejo funambulesco de ansiedades y pasiones, de angustias y ensueños, tuvo el dramaturgo que recurrir a “su optimismo torrencial y explosivo”.

Superado el trance, Rubén Darío quiere agasajar a García Velloso con una comida cuyo menú confeccionara personalmente en todos sus detalles.

Recuerda el doctor Rubén Darío Contreras —hijo del poeta— que a su padre, como otros grandes escritores y artistas, le gustaba cocinar deliciosos platos. “El pato con arroz era su especialidad —dice— y en cierta ocasión, en honor de Enrique García Velloso preparó el citado plato. Fueron comensales: Gómez Carrillo, Amado Nervo, Paul Fort y Eugenio Garzón. Lo que primero pareció una amenaza —que prepararía el célebre pato con arroz, para el cual tenía su secreto— asustó un poco a sus amigos; pero después comprobaron que sabía exquisito”.

Era el poeta un buen “gourmet” y un excelente “gourmand”. Co-

nocía los placeres y las suntuosidades de la mesa como Lúculo y los secretos de la cocina como Rossini.

En uno de sus versos habla de los langostinos y de los faisanes¹. Su nariz de indio sensual —señala Torres Rioseco— “sabía olfatear un aguardiente legítimo como un plato inusitado. Sabía preparar guisos especiales, condimentados unos a la manera del trópico, otros a la francesa o la española”.

Por aquellos años se encontraban en París dos príncipes de las letras argentinas, Leopoldo Lugones y Enrique Larreta.

En el departamento que tenía en el barrio de Passy el autor de *La guerra gaucha*, solían reunirse en tertulias y almuerzos inolvidables, entre otros, Rubén Darío, Amado Nervo, Ricardo Jaimes Freyre, Rogelio Irurtua, Juan José Tablada, Pompeyo Gener y Rafael Lozano.

Algunas veces, cuando Rubén Darío renacía al optimismo, visitaba en compañía de Eugenio Garzón —aquel uruguayo que era popular en París— a nuestro Ministro en Francia, Enrique Larreta, a quien le dedicó, como sabemos, una de sus magníficas *Cabezas*.

Pero lo cierto es que su salud estaba seriamente amenazada. En plena madurez —tenía 49 años— marchaba hacia la noche sin fin. El poeta presiente el desenlace. Viaja entonces a Nicaragua a “buscar —lo dice en carta a Gómez Carrillo— el cementerio de su tierra natal”. ¡Y como empujado por trágico sino, lo encuentra, el 7 de febrero de 1916, en León!

Enrique García Velloso, al saber la noticia del fallecimiento de su admirado maestro y amigo, llora sin consuelo.

Dos días después, rinde conmovido homenaje a su memoria, publicando un largo artículo en *La Nación*, sobre la significación de su obra.

Con la muerte de Rubén Darío, desapareció el mensajero lírico de toda la hispanidad. Fue renovador e innovador; su nombre glorioso, de máximo poeta, tiene la majestad de las cosas eternas.

¹En los versos de Saludo de Año Nuevo dedicados en 1910 a sus amigos argentinos, habla también Rubén Darío de su “culto culinario”

que: “Hacía la vida más bella /
¡Oh tortilla de ostras aquella /
Que me revelara Piquet!”.

Venero,

Mi querido Enrique

Para reposo
junto, me he venido
a casa de Mr. Vale
Lo sabe, por cual-
quier cosa que sea
precisa.
El suceso de la Nación

ha estado muy bien;
pero El Día -
hasta este momento
- no ha dicho nada.

No describe
lo que es de la
absoluta autoora-
cia es decir, teatro
y detalles, - porque,
inevitablemente, es
el. por ello el inicio.

Creo, si Dios quiere,
que, mañana, no se-
rá mal día. Hasta
pronto.

Amigo
Rubén

Facsimil de una carta de Rubén Darío a Enrique García Velloso